



Parlamento se titulaba pomposamente Senado romano ó representante de la nacion, como si pudiese disponer de la corona y juzgar á los ministros; mas si bien era popular aquel aumento de su autoridad, no estaba apoyado en antiguas constituciones de la monarquía ni en ejemplos precedentes, y era fuerte solamente porque se habian agrupado á él todos los descontentos.

Molé, que era protector de las franquicias contrarias á la córte, se asustó cuando las vió sostenidas por los amotinados, y sólo pensó en contenerlos sirviéndose de la autoridad que habia adquirido al reprimir las arbitrariedades. Por lo que respecta á los ciudadanos, protegían, segun costumbre, los primeros movimientos de las turbas, y luego se amedrentaban apresurándose á detener al pueblo á quien habian excitado con sus lamentaciones.

El Parlamento hizo un tratado con España, cuyo gobierno creyó oportuno aquel momento para intentar una invasion; por lo cual aquel fué declarado reo de lesa majestad, y por remate Luis de Condé bloqueó á Paris. Mucho desagradó á los parisienses ver cambiada en séria una guerra de chanza; así es, que frondistas y realistas se reunieron, y Mazarino devolvió á la ciudad al rey y á la reina, accediendo á una paz que todos conocen debía ser momentánea.

Este Condé, llamado el *Grande*, que se habia hecho notable en sus primeros años por la victoria de Rocroy sobre los españoles, y por los sitios de Thionville, Friburgo y Dunkerque, fué á socorrer á la córte y vió mal satisfecha su vasta ambicion. Tenía veintiocho años, era amigo, no amante de las mujeres, y daba la norma á los galanteadores de Paris que afectaban desdoro y desprecio de las galanterías entónces de moda, y que con el título de *petits maitres* estaban en oposicion con los frondistas, resultando de aquí continuas riñas y duelos. Estos aumentaron la aversion que hacia tiempo tenía al ministro á quien habia salvado, y concluyó por declararse su enemigo. Pero habiéndole hecho creer Mazarino que los frondistas habian querido matarle haciendo un disparo contra su coche, Condé se separó de la Fronda; y aquel, por el contrario, se unió á ella

por creerla necesaria á la córte, que se hallaba aterrada al ver lo ocurrido en la regicida Inglaterra. Retz, que lo comprendió, ponderaba la fuerza de su partido para hacerse importante, y obtuvo la promesa del cardenalato: entónces Mazarino mandó prender á los príncipes de Condé y de Conti y al duque de Longueville, su cuñado, con aplauso de aquel mismo pueblo que poco antes habia corrido á las armas por la prision de dos magistrados.

No tardaron los frondistas en llenar el palacio, lanzando fuera á sus contrarios; pero la Longueville y el duque de Orleans levantaron gente para librar á los príncipes, sirviéndose tambien del oro de España; y cuando sucumbieron se formó una nueva Fronda bajo los auspicios de Ana Gonzaga, princesa palatina. Retz, ilusionado siempre con la esperanza del capelo, urdió tratados entre la antigua Fronda y la nueva, y el Parlamento pidió á grandes voces la libertad de los príncipes. En efecto, Condé fué puesto en libertad en medio de tantos aplausos como cuando habia sido preso; y Mazarino, perseguido por los decretos y por el odio universal, se retiró á Colonia, desde donde escribió al rey justificándose y lamentándose de «no tener ya un asilo en aquel reino, cuyas fronteras habia extendido por todas partes.» Desde allí continuó vigilando y dirigiendo; vió enemistarse á las dos Frondas, á Retz y á Condé desavenidos porque ambos tenían la misma ambicion, y al primero á punto de ser asesinado en el Parlamento; el otro, orgulloso con sus victorias, creyó que los soldados eran el pueblo, y que éste le trataría como aquéllos, pero se desengañó cuando apeló á él; y habiendo sufrido luego los epigramas de los frondistas, salió de la ciudad, sublevó el país y llamó á los españoles, haciendo de este modo traicion á una patria que poco antes habia salvado.

Luis XIV marchó contra aquel gran general, y menguado político, y Mazarino despues de reunir ocho mil hombres á sus expensas, volvió con pretensiones de salvar á la nacion, siendo acogido por el rey y la reina con los brazos abiertos, por más que el Parlamento renovase sus anatemas y ofreciese 150.000 francos por su cabeza. El vizconde de Turena, ma-



riscal á los treinta y dos años, y que se habia pasado á los españoles, volvió á sus filas, y tomó el mando del ejército real, consiguiendo sobre Condé una victoria en Bléneau. Mientras los frondistas pagaban al duque de Lorena para que turbase la Francia, Mazarino le pagaba para que llevase fuera del país la partida sanguinaria que hacia quince años se mantenía del robo y de los estragos; y todo era bajeza é intrigas en tono heroico, entre las cuales causa placer detenerse ante los inmaculados semblantes de Molé, Bailleur y Jacobo Ancelot.

Turena con los realistas, y Condé con los suyos, atacaron á Paris, y á la vista del Rey y de los ciudadanos dieron una batalla de poca gente, pero de gran maestría, y Condé se habia perdido si Paris ó mas bien la señorita de Orleans, que queria cautivarle, no le hubiera abierto las puertas, haciendo fuego contra los realistas. En aquellos momentos se hallaba Paris en la mayor agitacion; Gondi, que ya habia sido electo cardenal de Retz, estaba fortificado en el palacio arzobispal; y algunos ardientes frondistas fueron asesinados con el pretexto de que eran mazarinos. Los príncipes, al ver aquel terror, aspiraban acaso á la corona; Orleans se hizo nombrar lugarteniente del reino, y Condé generalísimo, uniéndose á ellos los españoles y el duque de Lorena. Reducido el Parlamento á muy pocos miembros, pero presididos por Molé, se trasladó á Pontoise, y se puso á pensar en los medios de salir de aquella situacion, cuando los mismos parisienses, cansados de semejante indecision, dieron oídos á los pocos que conservaban su razon y que veían que sólo se aprovechaban de los intereses públicos unos cuantos ambiciosos. Se envió á rogar al rey que llamase á Mazarino, que expresamente se habia retirado de nuevo. Condé, grande sólo en el día de la batalla, que era tan infame amigo como ciudadano, y que habia nacido para servir, fué á prestar á los españoles su valor, siempre personal y el Parlamento le declaró reo de muerte. Orleans fue relegado á Blois, madamisela al campo; Retz, fomentador de todos los males, engañador de todos, pasó de una prision á otra, y puesto luego en libertad

no pudo ocupar el arzobispado de Paris á pesar del apoyo de los jesuitas, y al fin renunció á él y adquirió prudencia con los años. Murió en Paris, sobreviviendo en sus *Memorias*, que sin hacerle apreciable, se conservan por aquella inquietud que le daba aire de hombre grande, empequeñecido por las circunstancias, y por aquella ingenuidad descarada con que refiere todo lo que dijo ó hizo como si no dudase de la moralidad de sus acciones, como si creyese que del mismo modo habria hablado ú obrado cualquier gran personaje en su posicion.

Mazarino entró solemnemente en Paris aclamado como restaurador de la paz, siendo así que ántes lo habian acusado de perturbador, habiendo conocido el pueblo que su tiranía era preferible á la libertad violenta; al paso que los prudentes auguraban que él solo se habia conservado juicioso en medio de aquella «agudeza á mano armada donde tantos buenos entendimientos se habian contaminado.» Y en realidad, ¿por quién habian estado sostenidos los verdaderos intereses de la Francia, combatidos por el pueblo como por el Parlamento, por Condé como por Turena? Dejemos á un lado las muchas anécdotas sospechosas que entónces circulaban, y verémos que Mazarino siguió francamente el camino que le trazó su predecesor, sacrificándose á sí propio.

En aquella guerra de cinco años en que no se agitaron pasiones fuertes sino ambiciones locas, hubo gran movimiento, pero á nadie le ocurrió levantar la vista hasta el trono; se queria derrocar al ministro, pero se respetaba la corona; se atacaba todo, pero nada se destruía, dejando cada cosa en su lugar; de manera, que ninguna persona quedó malparada, no se abatió ninguna vanidad, siendo por tanto muy fácil la reorganizacion de la sociedad. Pero en la Fronda se habia aprendido á reirse de todo; las instituciones y las personas habian perdido toda su consideracion, quedando intacto únicamente el trono, que entónces apareció más elevado porque ya nada le rodeaba; se agotó en el pueblo el espíritu de resistencia al presentarse el espíritu de despotismo en el rey; se hizo más sólida la autoridad de Mazarino, y Luis XIV se acostumbró á la resistencia ilegal,



y por consecuencia á aborrecer la libertad.

Pero el trono se vió aislado y conoció que no podía apoyarse en los nobles, en los magistrados ni en el pueblo, porque todos estaban ofendidos; posicion en que, si puede gobernar momentáneamente á merced de un enérgico impulso, como el de Luis XIV ó de Napoleon, tiene que sucumbir inevitablemente.

El humillar al Parlamento, pareció ser el principal proyecto del nuevo rey, que hizo registrar un decreto que le prohibía tratar del gobierno, de la hacienda y de los ministros. Un día llegó á su noticia que se había reunido para rechazar algunos edictos bursátiles, y entró en él vestido de caza con espuelas y látigo, apaciguó al presidente y á los miembros; prohibió manifestar su opinion hasta despues de ocho dias de registrado, y mandó anular todo lo que en las revueltas pasadas se había registrado contrario á la autoridad real. El Parlamento, que poco á poco había sustituido á los nobles en su poder, no podía ya manifestar su opinion; cuando en 1667 se trató de registrar la orden que decretaba el despotismo, se prohibió toda clase de discusion; el presidente Miron, jefe de la oposicion, dijo que del mismo modo que á Dios se dirigian oraciones que alguna vez eran atendidas, así se podía hacer con el rey; pero se le intimó que callase. Entonces el Parlamento quedó reducido á las funciones judiciales, en las que Luis parecia querer desacreditarle dando leyes más rigorosas de lo que permitia la civilizacion del pueblo.

Al abatir el trono á aquel simulacro de los Estados generales, se engrandecia; pero perdía vigor, porque el Parlamento, una vez en pugna con la monarquía, se lanzó en un sistema de sañuda censura y de esperanzas hostiles. Las franquicias municipales habían muerto en su mayor parte durante las guerras civiles, y cuando Luis estableció las intendencias y vendió los baillatos perpétuos, destruyó todas las libertades políticas y municipales. Las provincias perdieron su importancia, y sus Parlamentos se hicieron olvidar con su silencio.

Las revueltas interiores no habían separado la atencion de Mazarino de las potencias extranjeras. En la guerra de los treinta años,

fomentada por Richelieu con favorecer á los protestantes, Mazarino, no tuvo que hacer sino proseguir las hostilidades militares y diplomáticas contra las dos ramas de la casa de Austria; pero con el fin de consolidar por medio de la paz las conquistas que su predecesor había hecho con la guerra, procuró intervenir lo más posible en el tratado de Westfalia. En él brilló la Francia como conciliadora de los intereses europeos, extendió su territorio, estableció el nuevo sistema político europeo sobre la constitucion germánica modificada, y saliendo garante de la paz tuvo medios y pretextos para intervenir en los asuntos de Alemania.

Esto respecto de la rama austriaca de Alemania: por lo que hace á España, no obstante el parentesco de las dos familias, se prolongó la guerra en las fronteras de los Países-Bajos y de los Pirineos y en Italia; y la batalla de Rocroy (1643) señaló el principio del reinado de Luis XIV, pues destruyó completamente aquella infantería española que había sido el espanto de Europa. La paz de Westfalia dejó á la Francia sola contra España, que confiando en el desorden que producía la Fronda, rehusó adherirse á ella. Irritadas ambas naciones por los artificiosos medios con que á porfía habían procurado dañarse, favoreciendo cada cual á los rebeldes de la otra, continuaron la lucha; las tropas licenciadas por los Estados que habían quedado en paz, aumentaron las de España, que durante los disturbios de la Fronda recobró á Dunkerque, la más importante plaza de Flándes, á Barcelona y á Casal de Monferrato que se había defendido de tres sitios (1629-30 y 40).

Cromwell, que se había constituido en protector de Inglaterra despues de la muerte de Carlos I, hizo la contra á los franceses desde el principio porque habían dado acogida á Carlos II; pero Mazarino no tuvo inconveniente en humillarse á él, para que mudase de pensamiento y acometiese en América las posesiones de los españoles y les cerrase el paso por mar. La ciudad de Dunkerque fué sitiada, tomada y entregada á los ingleses despues de la batalla de las Dunas, mientras los franceses continuaron sus victorias hasta dar vista á Bruselas.



Eran debidas aquellas victorias al mariscal de Turena, que vuelto en sí de los vértigos de la Fronda, se puso frente á Condé, que se había hecho capitán de los extranjeros; de manera que los triunfos de ambas partes podían considerarse los franceses como gloria nacional.

El mariscal de Turena y el Príncipe de Condé, aunque con reducidos ejércitos, hicieron grandes cosas. Como habían tenido distinta escuela, diferían en la manera de conducir la guerra tanto como por su carácter; Condé era mas atrevido, Turena más reflexivo; aquél hacia frente al peligro, éste lo evitaba; uno había nacido general y se dejaba llevar de sus propias inspiraciones, el otro llegó á serlo por medio de la reflexion y de la experiencia, y dió algun impulso al arte de la guerra por medio de una nueva disposicion de las tropas, lo cual no hizo Condé, y sus planes de campaña, sus marchas y sus variadas batallas son la admiracion de los estratégicos. Condé se vió colocado en el primer puesto por su nacimiento y más aún por haber llegado á ser sobrino de Richelieu; por lo que puesto desde muy jóven á la cabeza de los ejércitos, llevó á cabo gloriosas empresas antes de haber meditado acerca de sus causas, y posteriormente, cuando unió la accion á la reflexion, se halló en el segundo grado de la milicia española que entonces iba ya decayendo, por lo que su escuela es meramente personal. Turena, por el contrario, se hizo hombre en los Países-Bajos, en los fatigosos ejercicios de una guerra sábiamente dirigida por los Nassau, sus tíos; aprendió á obedecer antes de mandar, respetaba en el soldado al hombre más que ningun otro general, y le evitaba cuantas fatigas era posible, teniendo gran confianza y esperándolo todo de los guerreros franceses; condiciones esenciales para reformar los ejércitos. Enseñó á los extranjeros á tener cortesía en la guerra; corrigió la ligereza é impaciencia de los franceses, y consiguió que sufriesen la fatiga sin murmurar; con lo cual destruyó la opinion comun de que no eran capaces de defender una plaza. Condé, por su parte, se sirvió de los ejércitos como los había encontrado, y no tuvo ocasion de adquirir la paciencia ni la fuerza de meditacion que tan

grandes eran en Turena; poseía el genio más bien que la ciencia de la guerra, y venció por inspiracion más bien que por cálculo; nada le importaba que se derramase sangre, y con una ligereza inhumana, imitada por el héroe de nuestros dias, decia despues de la batalla de Senef, que una noche de Paris era suficiente para reparar aquellas pérdidas.

Turena pasa por un gran capitán, aunque fué vencido varias veces, y no consiguió ninguna de aquellas batallas que deciden de la suerte de una nacion, ni alcanzó brillantes conquistas. Cuando refiere sus hechos de armas lo hace con un candor y una sencillez admirables, sin omitir ni disimular sus desgracias, y sin envanecerse con sus victorias. Dió noticia en una posdata de la batalla por la cual Ana de Austria, en presencia de toda la corte, le dijo que había salvado al rey y al Estado; despues de las batallas de las Dunas escribió: «Los enemigos se han entregado; han sido batidos; alabado sea Dios. He trabajado bastante todo el dia.» Era sério, reflexivo, pensaba despacio, y resolvía con seguridad. Condé todo era arranques, se ponía frente al enemigo, acudía á todas partes é improvisaba entre los golpes las combinaciones que habían de ejecutarse; conocía que la fuerza de un general no consistía en lo numeroso del ejército, sino en agrupar una gran masa á un solo punto para decidir la batalla; así es que Napoleon le estudió mucho, imitándole especialmente en la guerra de Italia. Al ir entrando en edad, Condé se fué haciendo cauto y Turena atrevido; y se decia que era sumamente grato hallarse con Condé al fin de una batalla y con Turena al fin de una campaña.

El ingenioso Saint-Evremond, que era oficial general, dice: «En el príncipe se halla la fuerza del genio, la grandeza del valor, una luz viva, límpida, siempre presente: Turena tiene las ventajas de la sangre fria, gran capacidad, larga experiencia y un valor constante. El talento del primero es más que suficiente para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro trabaja cuanto es preciso, y no hace nada superfluo. El príncipe es enérgico cuando manda, y tan temido como estimado; Turena se ha-



ce obedecer con su indulgencia, no tanto por la autoridad de que se reviste, cuanto por la veneracion que se le tiene. El príncipe es más amable con los que le secundan, más colérico con los que le desagradan, más severo con los que delinquen, más afectuoso con los que obran bien: Turena es más mesurado, disculpa las faltas como desgracias, y muchas veces recompensa el mérito más relevante con la simple alabanza de haber cumplido con su deber. El príncipe se entusiasma con las grandes cosas, goza de su gloria sin vanidad, recibe la adulacion si disgusto: Turena mira las cosas grandes como las pequeñas, segun conviene á sus planes. Cualesquiera que sean las tropas, el príncipe tiene siempre la misma seguridad en los combatientes; como si pudiese inspirar á todo el ejército sus propias cualidades, su valor, su inteligencia, y como si éstas le asegurasen de las de los demas. Si las tropas no merecen confianza á Turena, procura ponerse en salvo, por numerosas que aquéllas sean, pero si son buenas y confía en ellas, aunque sean escasas, emprende como fácil lo que parece imposible. Cuando el príncipe sale victorioso adquiere el esplendor más brillante de la gloria; cuando es desgraciado no le alcanza la afrenta; se perjudican sus planes, pero no su reputacion. La de Turena depende en gran parte del éxito de sus empresas; nada de particular distingue sus acciones porque siempre son iguales; todo lo que dice, escribe ó hace, tiene algo de secreto para el que no es bastante perspicaz; la naturaleza le ha dotado de gran talento y le ha negado aquel fuego del genio, aquella franqueza, aquella libertad de espíritu que le hacen brillante y hermoso; no se conocerá cuánto vale hasta que le perdamos y necesitará toda su vida para adquirir una justa y completa fama. Las virtudes del príncipe no son menos brillantes que fuertes, pero son menos continuas que las de Turena; el uno es más á propósito para combatir con gloria en una batalla; el otro para terminar ventajosamente una guerra.»

España, no recibiendo ya galeones de América, y viendo que se le rebelaba Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué tratada por

Mazarino y Luis de Haro, gobernantes de ambos países. Verificáronse las conferencias con las meticulosas formalidades que tanta parte ocupaban en la diplomacia de entónces. Mazarino se presentó en una carroza dorada de ocho mulas, con sesenta gentiles-hombres entre los cuales habia mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes en el Bidasoa fué dividida por un edificio cuya mitad fué declarada española y la otra francesa. A uno y otro lado se habian construido habitaciones enteramente iguales y enmedio una sala dividida entre los dos Estados con dos puertas una enfrente de otra, de donde salian los ministros hasta el medio, en que habia dos sillas y dos mesas juntas, de manera que podian discutir, escribir hasta hablarse al oido sin salir de sus respectivos países.

España queria que se devolviesen á Condé sus honores, ó de lo contrario le daria un principado en los confines de los Países-Bajos, como Cambray, desde donde molestaría á Francia, acogiendo á los facciosos. Tuvo ésta por tanto que ceder, y habiendo él ido á pedir perdón de sus errores y de sus victorias, reparó con usura los perjuicios que habia causado á su patria.

La paz quedó concluida en ciento veinticuatro artículos en que se estipularon muchas restituciones recíprocas; el restablecimiento en sus dominios del duque de Lorena y del príncipe de Monaco, la reunion á Francia del Artois y de otros puntos de los Países-Bajos y del Rosellon; y el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV de España, renunciando á toda pretension de sucesion.

Aquella paz que daba á Francia unos límites muy bien defendibles y el primer puesto en Europa, consolidó el poder de Mazarino de quien era obra, por lo cual continuó siendo consejero de Luis hasta que murió á los cincuenta y nueve años de edad. La censura porque acumuló mas de 100.000.000 con la venta de los oficios y beneficios y cometiendo muchas bajezas; nosotros no le disculpamos ni aprobamos tampoco un sistema que hacia posible tal corrupcion. La modestia que respecto de su familia manifestó al principio, se cam-



bió luego en orgullo y «procuró hallar nidos en el cielo para sus sobrinas» pero á pesar de esto disuadió al rey de que se casase con María Mancini una de aquellas. Como hombre de Estado creo que no se puede menos de admirarle. Era laborioso, incansable, sagaz, vivo, nada vengativo, aunque nada amable con aquellos á quienes no necesitaba ni temia; prometía mucho, concedía poco, á no ser aquellos favores que nada le costaban; era pequeño tal vez en los medios, grande en sus proyectos, y fué coronado por la fortuna. Desconoció la administracion, y permitió que hombres ineptos pudiesen en ejecucion para adquirir dinero los medios mas odiosos é ineficaces; pero fué un gran político, tuvo el talento de rendir homenaje á su predecesor sin caer en la manía, demasiado comun de mudar de sistema, antes por el contrario, consiguió llevarlo á cabo y fijó la regla de que las relaciones entre los Estados son independientes de su religion y de su forma de gobierno. Tuvo ménos talento que Richelieu pero le empleó mejor; y aunque fué tan combatido como éste, nadie le echa en cara ninguna crueldad, tanto que los enemigos que odiaban á Richelieu, se reian de Mazarino. Y no es poco el resistir á la risa de los franceses y haber despreciado las bravatas de Retz, no ménos que los gritos de las turbas; proseguir la marcha que se habia propuesto, aplacar los

motines y acabar las guerras promovidas por su predecesor, así como el sumergirse á tiempo en medio de la desconfianza general, para salir luego á flor de agua. Consideraba obligacion de un ministro proteger el mérito, y hacia que Menage le indicara las personas instruidas para recompensarlas; señaló á Descartes, que se hallaba retirado en Holanda, una pension de mil escudos; llamó á muchos artistas dramáticos de Italia, entre ellos al insigne Fiorelli y al arlequin Dominico: introdujo la ópera, y la pasion á los juegos de azar á los cuales dedicaba la noche; y la corte, siguiendo su ejemplo, abandonó los ejercicios corporales.

Además de los pingües legados que dejó á sus sobrinos dejó tambien 60.000 francos al papa para la guerra contra los turcos; al rey diez y ocho diamantes que debian llamarse los Mazarinos, sus cuadros y unos magníficos trabajos de Rafael; su rica biblioteca y 800.000 escudos para el colegio que título de las Cuatro Naciones, porque le destinó á la enseñanza de jóvenes de las cuatro provincias unidas por él á Francia, esto es, Pinerolo, Alsacia, Artois y Rosellon. Habiendo instituido heredero universal al rey, para acallar sus escrúpulos, éste se lo perdonó contentándose con heredar la plenitud del poder real, que era para él un legado mucho más importante.